

Dios en el siglo XXI

Lorenzo Torrente Ranera

*Dios es a veces complicado,
pero nunca mal intencionado.*

Einstein

Todo nuevo siglo se abre con un interrogante en todos los aspectos. ¿Qué será de Dios? El siglo pasado no le ha perdonado. El ateísmo ha hecho destrozos: ha separado a la Tierra de su Sol, como escribió Nietzsche. Si, en este comienzo del siglo XXI, Dios no es impugnado es porque, con mucho, no forma parte de los asuntos que preocupan a los hombres. Las grandes ideologías, que habían tomado su relevo, se han hundido a su vez. La indiferencia ha ganado terreno. Hemos entrado si no en “la era del vacío”, al menos en “el imperio de lo efímero” cuyo aspecto más evidente según Gilles Lipovetsky, sería “la insostenible ligereza de los significados”. Dios, no más que otros valores, no ha resistido el desgaste del siglo que acaba de transcurrir. En Occidente, hemos visto emerger la pri-

mera sociedad de la historia de los hombres, que no tiene necesidad de una referencia religiosa para reflexionar su sentido, puesto que se considera autosuficiente por sí misma.

Una prueba la tenemos en un libro publicado por la UNESCO (*Claves para el Siglo XXI*, Ed. Crítica 2002) en el que casi cien autoridades en muy diversos temas examinan desde sus conocimientos y perspectivas qué caminos ven para el desarrollo de la Humanidad. Ni uno solo coloca la palabra Dios en esta perspectiva. ¿Por qué? Mejor dicho, aparece en uno de los artículos (Francisco Sagasti, *¿Fin del programa de Francis Bacon?*, Pgs. 47 y 48), pero en este sentido: “Nuestra situación presente es la culminación, después de cuatrocientos años, de un programa que sir Francis Bacon imaginó por primera vez (...) Se postuló el método científico como el modo más eficiente de obtener conocimiento, reemplazando la religión y el

mito. En otras palabras, lo que es desconocido se puede comprender usando conceptos abstractos que se pueden manipular y volver a relacionar con el mundo real por medio de la experimentación (...) Generar conocimiento tiene un objetivo. En palabras de Bacon, este objetivo es mejorar la suerte de la humanidad. El objetivo del conocimiento no era ya **comprender los designios de Dios** o satisfacer la curiosidad de los gobernantes, sino dominar la naturaleza y, de ese modo, mejorar la condición humana. Más adelante se añadieron dos características adicionales al programa de Bacon: Progreso y antropocentrismo. La primera, que adquirió importancia durante la ilustración, es la visión del progreso humano como indefinido. La segunda es la visión del lugar central que se otorgaba al hombre en el universo. Ciertamente, a través de la interpretación de un mito, Bacon concluyó que todo en la creación había sido ideado por un ser divino para beneficio del hombre (...). Debemos aprovechar la oportunidad para redefinir nuestra forma de pensar acerca del futuro. En un sentido hemos entrado en una época de hiperfuturo, en la que todo está maduro para ser reinventado. Desde este punto de vista, el que en un determinado momento fue un programa esencialmente occidental tendrá que convertirse en más ecuménico,

para que cuente con la aportación de todas las culturas”.

Sin embargo sería injusto dejar este cuadro totalmente en negro. Dios no ha tenido solamente adversarios. En teología, el siglo XX ha realizado avances considerables para intentar repensar a Dios y hacerle creíble nuevamente. No olvidemos, que el cristianismo viene de lejos... El siglo XX se abrió con una crisis sin precedentes, conocida bajo el nombre de “modernismo”, una desviación que la Iglesia condenará en 1907 y que haría entrar a la teología en una era glacial. Sin embargo, en todos los campos (bíblica, patristica, liturgia, dogma, etc.) la teología hizo una obra renovadora. Han surgido nuevos pioneros y por encima de una teología inmovilista, repetitiva, han encontrado la frescura de las fuentes. El concilio Vaticano II fue su coronación.

El siglo XXI no comienza la historia desde cero. Es heredero de un pensamiento cristiano que ha sabido afrontar con audacia los principales conflictos del siglo precedente. Algunos de estos conflictos, como el de Dios y el mal, tienen la edad del mundo pero a veces, a lo largo del siglo XX han ganado una actualidad inesperada, con Auschwitz o con los genocidios. Otros, desconocidos hasta fecha reciente, están ligados a la evo-

lución de las mentalidades (las mujeres, la libertad, la no-violencia...) o a la toma de conciencia de nuevos peligros que asoman por el horizonte, como por ejemplo, Dios y la naturaleza (ecología). Algunos están ligados a la interpretación de la fe (Biblia, Iglesia, Jesús), otros tienen relación con la fe en el mundo, principalmente la economía, la naturaleza, las otras religiones. De todos estos conflictos, el que parece cristalizarlos todos es sin duda Dios y la ciencia, un conflicto iniciado con el asunto Galileo y que ha envenenado todo el siglo XX. Todavía hay, hoy en día, muchas ramificaciones, puesto que la ciencia no deja nada fuera de su alcance.

He citado, al empezar, a Einstein que no era muy expeditivo respecto a la ausencia de Dios y se mostraba prudente admitiendo en él su "buena voluntad": "Dios es complicado, decía, pero no mal intencionado". Pero este homenaje resta ambiguo. Parece que Dios esté fuera de duda, pero también fuera de juego, sin incidencia en nuestros debates. Sin embargo, esta neutralidad parece insuficiente, pues Dios no ha permanecido mudo. Él tiene que hacerse oír en ellos. Dios entra en la experiencia religiosa de los hombres y, con ella, es una fuente de sabiduría de la que siempre es posible sacar provecho. Se

trata, pues, de abrir un espacio de diálogo que permita la escucha recíproca entre esta sabiduría, de la que el cristiano quiere ser testigo, y la ciencia, cualquiera que sea el campo en que se muestre. Y esta es una decisión sensata cuya apuesta no es Dios, sino el porvenir del hombre, al cual Dios ha ligado su propia historia.

Esto es lo que subraya Hans Jonas. Interrogándose sobre el destino de Dios en el mundo, este filósofo ha inventado el mito de un Dios que, habiendo confiado la carga de la evolución a los hombres, se ha retirado aunque sin desinteresarse de su devenir. Comenta: "Al concepto de un dios sufriente y de un dios en devenir, está estrechamente ligado el concepto de un dios preocupado -no alejado, separado, encerrado en sí mismo, sino al contrario implicado en la causa de su preocupación". Esta reflexión de Hans Jonas, un cristiano podría tomarla como suya, incluso si la interpreta en un sentido diferente pues, en Jesús de Nazaret, el mito ha devenido realidad. En cualquier caso, para Hans Jonas, filósofo judío, Dios se ha prohibido ser un "mago" que llegaría a descargar al hombre de su propia responsabilidad.

Los sabios disfrutan hoy en día de plena autonomía en sus disciplinas, que nadie les discute, pero son tam-

bién responsables del uso que harán de sus descubrimientos. En primer lugar, ante la humanidad. Dios permanece, no obstante, preocupado de la forma en que la humanidad va a trazar su propio porvenir. Él acepta que este porvenir lo hagan los hombres solos, o con él. Ellos, los hombres, son los que deciden.

Las decisiones no han sido acertadas. Si tenemos en cuenta los distintos sitios donde Dios estuvo activo en la cultura moderna, no sale indemne. A lo largo del año 2001, esto fue constatado por un grupo de científicos, teólogos y teólogas, que tuvieron numerosos encuentros en el “Instituto de ciencia y teología de las religiones”, en el “Instituto Católico de París”, en los que analizaron los siguientes temas objeto de conflicto a lo largo del siglo pasado: *Dios y el mal*, *Dios y la vida*, *Dios y la violencia*, *Dios y las mujeres*, *Dios y la naturaleza*, *Dios y la ciencia*, *Dios y la economía*, *Dios y la libertad*, *Dios y la Biblia*, *Dios y Jesús*, *Dios y la Iglesia* y *Dios y las religiones*.

En todas partes el papel de Dios ha sido discutido y, poco a poco, ha sido arrojado tanto a los márgenes de la historia como a los de la vida. En el peor de los casos se encuentra en el papel de acusado y en el mejor en el de ignorado. Muchos de nuestros contemporáneos han enterrado a Dios, al

menos al Dios que se entrometía permanentemente en los asuntos humanos. Uno llega a persuadirse, respecto a los temas antes enunciados, que Dios está contra el hombre y que es posible vivir entre nosotros sin Dios. Los hombres se manejan por sí mismos, para lo mejor y para lo peor. Pero, ¿puede mantenerse esta constatación?

En todos los temas objeto de conflicto que fueron tratados, se vio al hombre en competencia con Dios, esforzándose en volverse a apoderar de un bien del que tenía la sensación de haberse visto desposeído. Los distintos ateísmos tienen todos el mismo objetivo: restituir al hombre este bien que le ha sido arrebatado y, ante todo, su libertad y capacidad para inventar sus propios valores. Este objetivo es el que parece tener a la vista Luc Ferry cuando examina el pensamiento sobre la “transcendencia en los límites de lo humano”. El ateísmo, habiendo humanizado lo divino -tarea negativa, perseguida por todos los ateos- trata en la actualidad de divinizar lo humano -tarea positiva, todavía inacabada, pero que corresponde al hombre conseguirla en solitario. En adelante, nosotros estamos en la edad de un humanismo sin Dios, o mejor, en la edad del “hombre Dios”, es decir, el hombre para quien lo único sagrado es lo humano. Asistimos entonces a la

sacralización de los cuerpos, de los valores, de la naturaleza, o de la cultura, etc.

Sea lo que sea esta re-sacralización -signo de que el hombre no puede vivir mucho tiempo sin trascendencia- ¿el papel de Dios a lo largo de la Historia, ha sido tan negativo como se nos hace creer? Las respuestas son contradictorias. Para unos, su papel ha sido incontestablemente negativo, no tanto como idea, sino por el sesgo de las instituciones a cargo de los asuntos divinos y que han pretendido dictar su ley. A alguien que le citaba textos de la Iglesia a favor de la libertad, Merleau-Ponty objetaba que era más fácil encontrar en la tradición católica textos hostiles a la libertad. Sobre todo, hacía observar, el catolicismo no es solamente un conjunto de textos, es un aparato, una institución, “que tiene su lógica propia y que funciona –no hay duda de ello– en un sentido reaccionario, a pesar de ciertos textos y a pesar de los sentimientos de los individuos, o incluso con el apoyo del equívoco que ellos crean”. Lo que se dice sobre la libertad, puede verificarse para otros valores de los que se jacta la modernidad.

Sin negar esta influencia institucional, Marcel Gauchet propone otro análisis, más positivo, que ve en Dios un motor de la historia -se trata del

Dios de Jesucristo. Considerando la historia en toda su duración, el retroceso de Dios, su desvanecimiento progresivo, es innegable, lo que Marcel Gauchet expresa hablando de un “agotamiento del reino de lo invisible”. Pero, contrariamente a lo que ponen en evidencia los conflictos evocados en párrafos anteriores, este desvanecimiento se habría operado no contra el Dios de los cristianos sino, gracias a Él, a favor de la idea inédita de un Dios encarnado. Lejos de haber sido un obstáculo en el advenimiento de la modernidad, el Dios de los cristianos habría sido el “gran partero” habiendo puesto en marcha un dispositivo que coloca a Dios no más arriba, sino más abajo, favoreciendo así el desarrollo de la autonomía humana, autonomía a la vez en la forma de pensar, de estar unidos y de comprometerse en la historia. A partir de ahí, Marcel Gauchet puede mantener, no sin paradoja, que el “cristianismo es la religión de la salida de la religión”, con lo que ha liberado al hombre del dominio de lo divino, que lo engloba totalmente en las sociedades primitivas.

Si se quiere salir de una rivalidad estéril entre Dios y el hombre, hay que llevar también la sospecha sobre Dios. Se trata de saber de qué se habla cuando se pronuncia ese nombre. Dios es

una “palabra-maleta” (Paul Ricoeur), que se alimenta de todos los fantasmas y que ha dado su aval a todas las causas. Eberhart Jüngel ha visto claramente que el Dios comprometido en los debates que ocupan estas líneas y del cual ha querido librarse la modernidad, no es otro sino el que ella misma ha engendrado: un Dios “por encima de nosotros”. Este Dios obedece al principio según el cual el hombre es la medida de todas las cosas. Ha sido puesto en circulación por el hombre. Todo el ateísmo moderno tiene como horizonte este Dios “por encima de nosotros”, del que el hombre, el “cogito” —un “yo” inexpugnable— se convierte en garante de sí mismo. La desgracia es que este Dios ha acabado por invadir también el campo de la teología. Si se quiere salir de los atolladeros de la modernidad, hay que pensar en Dios no partiendo de uno mismo, sino a partir de la determinación que él mismo se ha dado en la historia. Al Dios que viene del hombre, se debe oponer resueltamente “el Dios que viene de Dios”, tal como se ha revelado en Jesús de Nazaret. “Sin el acceso abierto por Dios mismo hacia él mismo”, escribe Jüngel, “el pensamiento no encontrará jamás acceso a Él”.

La conclusión que podemos sacar es que nosotros, los hombres, hemos

metido a Dios en asuntos indefendibles frecuentemente. Con demasiada frecuencia también se olvida que el Dios que viene de Dios ha hablado, y que el último lugar en que ha hablado ha sido “en un Hijo” (He 1,1) y que su palabra concierne al hombre y a todas las realidades humanas. No es sensato ignorar su voz. Como no es sensato, para nosotros creyentes, no ver que lo que hemos aprendido de Él es que está por encima de las funciones que le queremos asignar, pero que nos traza un camino de humanidad por su forma de ser y vivir. Tal como se revela en Jesucristo, Dios piensa “siempre en más grande”, y nuestras palabras son incapaces de expresarlo. Pero lo que nos sigue enseñando es que no está al servicio inmediato de nuestras causas, sino a la causa del ser humano, en la medida en que este es testigo de su verdadera dignidad.

Libros consultados:

- DIEU AU XXI SIÈCLE. Contribution de la Théologie aux temps qui viennent. Bayard 2002
 UNESCO, CLAVES PARA EL SIGLO XXI. UNESCO/Ed. Crítica 2002
 LA PRESENCIA DE DIOS EN LA HISTORIA, Emil Ludwig Fackenheim. Ed. Sigueme 2002
 PARA EXPERIMENTAR A DIOS, ABRE TUS SENTIDOS. Anselm Grün. Lumen 2002
 LA FOI OU LA NOSTALGIE DE L'ADMIRABLE. Bertrand Vergely. Ose savoir-Le Relié 2002
 IMÁGENES DE DIOS. Juan Antonio Estrada. Ed. Trotta 2003
 CREER DE OTRA MANERA. Andrés Torres Queiruga. Folleto, sin fecha anotada.

UNOS COMENTARIOS SOBRE EL TEMA

“DIOS EN EL SIGLO XXI”

La metodología que seguimos en el estudio de los temas, en nuestra comunidad, es casi siempre la misma.

- Se elige tema y trimestre al principio de curso.
- El grupo apuntado para el tema (generalmente quien ha planteado el tema tiene bastante que decir, pero no solo él) elige información sobre el mismo (libros, revistas, recortes de prensa, etc.). Si es muy asequible, se recomienda la lectura. Si no lo es, se hace un resumen con la información y sus fuentes y se opta por
 1. Entregar fotocopia del mismo, como base general de la discusión, que se divide en el número de días en que se va a tratar el tema. En este caso, se pensó en tres Sábados.
 2. Si no se entregan fotocopias, se hace la lectura de la parte elegida para ese día, con una entradilla y unas preguntas. Lo normal es que, advertido o no, en la entradilla esté subyacente el "ver, oír y actuar".

- Las entradillas (resumidas) que teníamos preparadas, eran
 1. En el transcurso del siglo XX Dios ha salido "derrotado" o, al menos, "malparado" en el debate de los grandes temas que han surgido a lo largo del mismo (ver 3er. Párrafo, pág. 3, del borrador ya enviado).
 2. En los proyectos y planteamientos de la Humanidad –los que se previenen ahora, por supuesto- Dios no cuenta. Al menos no forma parte de los asuntos que preocupan a los hombres. Esto se ve al examinar el informe de la UNESCO citado, y otros asuntos del día a día (guerra de Irak, por ejemplo) donde Dios se usó como parte de parafernalia verbal americana o iraquí, pero olvidado.
 3. El problema no parte de Dios, sino del hombre. Nuestra idea equivocada sobre él ha supuesto que los cristianos hayamos comprometido a Dios en asuntos que nos comprometían a nosotros como seres humanos, sin darnos cuenta que Dios ha puesto en nosotros la potencialidad para resolverlos, ya que considera al hombre como el fin último de la creación, y en esto es nuestro aliado, pero no el protagonista. Si solo hacemos pie en la libertad del hombre, olvidamos que Dios tal

como se ha revelado en Cristo, sigue siendo para el cristiano un elemento de juicio, de crítica por lo tanto, principio que instaura el hombre como criterio último de todas las empresas humanas. Dios no puede reducirse a un simple "uso doméstico" (J.-B. Metz).

• Las preguntas que se nos había ocurrido sin un orden todavía ni una selección adecuada, eran:

1.- Si no tenemos experiencia de nosotros mismos, ¿podemos tenerla de Dios?

2.- La imagen de Dios se desarrolla a lo largo de toda nuestra vida. ¿Cómo dejarse llevar por él y no por la imagen que hemos construido?

3.- ¿Cómo buscar a Dios sin dejar que Dios nos interrogue? (No es una cosa, no es un objeto conocido...)

4.- Buscar a Dios, ¿es buscar el ser de lo humano?

5.- ¿Se puede tener fe en Dios sin una disposición religiosa?

6.- ¿Creemos en Dios o tenemos fe en él?

7.- ¿Se puede ser objetivo cuando hablamos de Dios?

8.- ¿Se puede tener una experiencia de Dios o solo una vivencia?

9.- ¿Cuál sería para nosotros una experiencia de Dios? ¿Qué hacer si no se muestra?

(Nuestro cuestionamiento sería no si Dios existe, ni si es o no nuestro Padre..., sino por qué existe el hombre, quien nos ha hecho vivir y si lo percibimos como origen de toda existencia).

10.- ¿Actúa Dios en la Historia? Si/No. ¿Por qué lo creo?

Como verás, las preguntas van a que se piense sobre Dios, con un concepto no viciado, y de nuestra relación con él. Si no, ¿cómo actuar en cristiano en los problemas de este siglo que ha empezado?